

Jorge Luis Arcos.
*Kaleidoscopio. La
poética de Lorenzo
García Vega.* Madrid:
Ediciones Colibrí,
2012, 389pp.

Margarita Pintado Burgos

Doctora en Español por la
Universidad de Emory, en Atlanta.
Profesora de Lengua y Literatura
en la Universidad Ouachita, en
Arkansas. Actualmente investiga
sobre la obra del escritor cubano
Lorenzo García Vega. Además
de su labor como crítica, ha
publicado el libro de poesía,
Ficción de Venado (2012).

¿Cómo se llega a un autor? Sobre todo, cuando todas las entradas a ese autor parecen estar bloqueadas. ¿Cómo se derriban los muros para que el escritor y su lector se encuentren? Conocí a Jorge Luis Arcos a través de mi correspondencia con Lorenzo García Vega. Me había formado una idea bastante clara de “Casorro”, como le llamaba Lorenzo cariñosamente en sus emails. Finalmente, nos conocimos en Miami hace algunos meses, y una de las primeras cosas que me dijo sobre su encuentro con el poeta fue que había llegado a él, sobre todo, por los relatos que de él le contaba quien fuera su mejor amigo aún en La Habana, Enrique Saíenz. Es decir, que en el principio fue la amistad. Porque cuando los libros de un autor no circulan, los amigos son los encargados de circular el nombre de aquel que ha sido borrado.

Menciono este dato porque me parece que la escena nos remite a todos a los orígenes de un autor, de una vocación y de una circunstancia que se convirtió, con el paso del tiempo, en la confirmación de un destino y de una vida con propósito. El poeta y crítico Jorge Luis Arcos va construyendo, ayudado por las frases, los gestos, y las anécdotas de Saíenz, un rostro, el rostro del reverso del escritor no-escritor. Y así comienza una relación con el sin rostro, ese otro que nos interpela desde su soledad, desde su siempre frustrado intento de comunicación, desde una honestidad y una vulnerabilidad que desestabilizan las bases de nuestra existencia. Porque para llegar a un autor como Lorenzo García Vega, es necesario someterse a un examen de conciencia constante, pues de lo que se trata es de aprender a ver, de madurar una mirada sobre el mundo, una mirada que es el resultado de una batalla, a veces ganada, a veces perdida, pero siempre librada, en contra de la resignación, la pasividad del espíritu, el conformismo, la sumisión a las formas preconcebidas, y sobre todo, en contra de la muerte. Y esto, se sabe, es como decir, en contra, también de la vida.

Jorge Luis Arcos, quien ya en sus pasadas entregas ha demostrado ser un ensayista sensible, lúcido y puntual, ha escrito el primer libro imprescindible para los estudiosos, presentes y futuros, de la obra y la vida de uno de los autores más singulares, más extraños, más autónomos, más arriesgados, y más incomprendidos de la literatura cubana y latinoamericana actual. *Kaleidoscopio. La poética de Lorenzo García Vega* es un libro urgente e impaciente, pero certero, apasionado y riguroso al mismo tiempo, con esa firme y delicada objetividad que sólo puede ser ejercida una vez que se le ha perdido el miedo a lo humano. Una vez que se ha entendido que la objetividad es el resultado de una cercanía, una entrega íntima, es decir, una vez que se ha internalizado el drama humano revelado en la obra de arte.

En las páginas finales del libro, Arcos hace una confesión importante: “Escribir este libro sobre Lorenzo García Vega ha sido para mí la tarea intelectual más difícil y, a la vez, más vital, de toda mi obra ensayística”. Parte de esta dificultad reside en el hecho de que Arcos ha tenido como maestros a dos presencias que fueron determinantes en la vida de García Vega: los origenistas Cintio Vitier y Fina García-Marruz, responsables, en gran medida, por la romantización de *Orígenes*, y por la exclusión del más joven de los poetas origenistas dentro del canon de la literatura cubana. Rescato este detalle porque me interesa recalcar el drama personal en el que se construye este libro. Arcos se da a la tarea de recuperar todos los materiales, todo lo que pueda constituir el corpus literario del poeta negado de *Orígenes*, todas las cartas en las que aparecen citas o frases de Fina y Vitier, todas las entrevistas, todos los correos electrónicos; es decir, Arcos se sumerge en la psiquis de un escritor que, inevitablemente, afectará para siempre el modo como éste se relaciona con una zona de su vida. Es decir, que este libro de Arcos es, entre otras cosas, el testimonio de una lucha personal, la superación de una circunstancia, e incluso

me atrevo a sugerir que ha llegado a ser algo así como la posible culminación de un intento reconciliador de *Orígenes*, ahora que sabemos que se trata de una estructura cerrada, finalmente clausurada.

Arcos comienza su libro con una simple pregunta: “¿Una poética en la obra de Lorenzo García Vega?” Como quien se siente incrédulo ante una posibilidad recién descubierta, Arcos va desarrollando su trama crítica a partir de una serie de imposibles que él sabrá anclar muy bien en el terreno de lo posible. La pregunta se convierte muy pronto en afirmación absoluta. Por *poética* el crítico se refiere a la manera o al modo como el escritor expresa una voluntad; un deseo, y a la vez, los límites y los obstáculos con los que su deseo se enfrenta a través de una escritura no ficcional. Esta poética, dice Arcos, arrastra el testimonio de un “profundo (y legítimo) resentimiento” (II), primera tesis de *Kaleidoscopio*. Este resentimiento, fuente principal de su imaginación creadora, responde a tres factores clave dentro del desarrollo personal del escritor: el haberse sentido siempre como “un forastero perpetuo de la realidad” (II), su casi insoportable exceso de percepción (lo que ocupará la mayor parte de la trama del libro), y la difícil relación que sostuvo con su maestro, José Lezama Lima. Extrañamiento, agudeza del aparato sensorial (que linda con su psicosis), y el necesario desencuentro con el maestro que lo llevará a un encuentro definitivo con su vocación de escritor. La mirada de Arcos se detiene en esa incomprensible pero admirable voluntad del escritor que quiere devolver los pedazos de su realidad como poemas, como objetos de la imaginación, paisajes de la memoria sometidos al juego, al ejercicio de la creación, integrados luego en ese kaleidoscopio, collage, o laberinto en donde se modela el vivir, el estar, el sentir del escritor.

El libro está dividido en tres capítulos, y cuenta con una minuciosa y valiosísima bibliografía sobre todos los escritos de Lorenzo, así como de todo lo

que se ha escrito sobre él. En la introducción, Arcos explica la singularidad de la poética de García Vega, determinada por su arrevesado don hipersensorial, su “exceso de lucidez, exceso de percepción” que le impide participar del presente, pero que lo estimula a *re*crear ese presente, convertido ahora en pasado. Es así como comienza la obsesión por las cajitas. Hay que minimizar el sentimiento, reducirlo a síntoma para verle el rostro. Esta facultad que le ha sido otorgada al poeta es parte de su enfermedad, es el valor positivo, la virtud que no busca redención, sino hallar una posibilidad de vida en la creación.

El primero de los capítulos, y el más extenso de todos, “Lezama y Orígenes”, presenta con lujo de detalles los encuentros y desencuentros entre García Vega y *Orígenes*, desde sus comienzos hasta la desintegración final del grupo. Antes de este libro, la inquietante y definitoria relación entre José Lezama Lima y su discípulo había sido apenas rozada por la crítica. La historia irresuelta de García Vega y Lezama resulta emblemática dentro de la tradición literaria latinoamericana. Se trata del choque entre dos generaciones, dos instancias del desarrollo de cierta conciencia de lo cubano que no pueden convivir en el mismo tiempo, y dos vocaciones muy parecidas, pero tratadas desde miradas (y sensibilidades) opuestas. Asistimos a la relación entre un maestro y su discípulo avanzado, un discípulo que a pesar de todo su *karma*, y de su enfermedad, es el elegido, ese que, de algún modo y desde una extraña fe, reparará el destino de su maestro, completará un ciclo, y fundará la comunidad imaginada por ambos. Todo lo que determinó la disidencia de García Vega en relación a ese mundo, ese cosmos construido por Lezama, y seguido por la mayoría de los origenistas, aparece aquí desde el punto de vista de García Vega, pero también a partir de los testimonios de Fina, Cintio, y los demás poetas de *Orígenes*.

En el segundo capítulo, “Psicoanálisis y creación”, Arcos se acerca a la enfermedad del autor como componente creador, como condición necesaria

para que la obra de arte ocurra. Durante mucho tiempo García Vega no pasó de ser una nota al pie de página en ensayos dedicados a otros autores. En las revisiones que se hacen de *Orígenes*, encontramos dos o tres oraciones en donde se menciona el caso de García Vega, reduciendo su poética a síntoma, rasgo particular de un desajustado, loco, delirante, chismoso, poseído por la ira y el resentimiento. Esta aproximación de Arcos aclara de una vez y por todas el rol de la enfermedad (de lo clínico) en la poética del autor, y nos entrega una mirada mucho más justa y honesta respecto al tema. Arcos no se enfoca tanto en el límite psicológico y emotivo del escritor, sino en lo que éste logra extraer del límite, para trabajarlo luego como materia poética y convertirlo (y convertirse él mismo) en obra de arte.

En esta parte el crítico señala, primeramente, la resistencia por parte de los origenistas, con la excepción de Piñera, al psicoanálisis, y por ende, la falta de afinidad entre García Vega y los origenistas. No obstante, *Orígenes* fue el lugar en donde el joven poeta descubriría un modo efectivo para tratar su enfermedad. No pocas veces Lorenzo afirmó que fue su acercamiento a la literatura lo que le ayudó a exorcizar sus demonios. Siguiendo la tesis de Arcos podemos concluir que el poeta no sólo va en busca de una cura para su mal, sino que va tras la clave de esepreciado mal, puesto que ahí se encuentra la clave de una vocación que quizá ande disfrazada de psicosis. De ahí que el límite sea protagonista en toda la obra de Lorenzo: domar el límite, vivir en el límite, encarnar el límite. Algo que nos queda claro luego de leer este hermoso estudio *kaleidoscópico* de Arcos es que el límite no está afuera, sino que se trata de una posición, una voluntad de ser, de existir en relación al mundo, siempre extraño, al que estamos circunscritos. Esto explica la instintiva reclusión del escritor, su lejanía de las formas convencionales, tanto en términos de sociabilidad como de escritura. García Vega es el autor inmaduro portador de un lenguaje enfermo,

el hombre resentido de la poética del reverso, el escritor no-escritor que quiere escribir lo inexpresable, todos estos subtemas tratados cuidadosamente en el segundo capítulo. Intuimos que detrás de este empeño por lo imposible persiste el deseo del poeta por defender su derecho a la marginalidad.

El tercer capítulo, “Obra y vanguardia”, establece la relación difícil e inestable entre García Vega y la vanguardia literaria que en Cuba apenas se sintió. “El vanguardismo cubano fue muy superficial, muy exterior, en su expresión literaria”, señala Arcos, lo que provocó una gran inseguridad en el escritor que se pensaba anacrónico en relación, no sólo a las formas, sino a las cosas en sí, a la historia y al contenido de las cosas que sentía como presencias que completaban el sentido de su vida. Desde el principio Lorenzo quiso hacerse de una vanguardia que no fuera imitación, o aplicación de métodos o procedimientos, sino una renovación propia, singularizada dentro de su poética. En esta parte Arcos explicita la gran hazaña del poeta quien ahora, medio siglo después de haber publicado su *Suite para la espera* [1948], puede decir con seguridad que aquello que sintió como un anacronismo probó ser, con el paso del tiempo, la mejor producción vanguardista (surrealista y cubista, específicamente) que se haya escrito en Cuba. En verdad, parece decirnos Arcos, la expresión de García Vega aparece ya sembrada de raíz (de raíz oscura, diría Lorenzo) en *Suite para la espera*. Toda su poética ya ha germinado cuando es apenas un joven de 22 años. El reverso, la inmadurez, el miedo a la forma, la enfermedad, la experiencia del límite, la fugacidad, la dispersión, la necesidad de retener la estela de las cosas que se fueron: todo aparece en su *Suite*. Incluso la obsesión por construir cajitas (pequeño homenaje a Joseph Cornell) en donde pueda meterlo todo (reduciendo los fragmentos de la realidad), así como los talleres de desmontaje, el devenir plástico, y la no-ficción (las memorias, la

autobiografía, los diarios, los relatos sin relato), aparecen ya delineadas (como francas potencias desestabilizadoras) en su primer libro.

Arcos le hace una segunda confesión al lector: la escritura del libro se le hizo difícil por lo estimulante que fue el proceso de lectura. Yo lo sé porque llevo tres años terminando una tesis sobre Lorenzo, y a veces me paralizaba por la intensidad de lo que leo para poder escribir. Y es que el crítico (quien quiera que sea) que se meta con García Vega tendrá que extraviarse en la solitaria compañía del autor, en ese laberinto construido, no como destino, sino como camino: “Un laberinto que se adensa, se complejiza, se contradice incesantemente. No es el camino que va del caos al cosmos, sino el que hace un caos del cosmos. [...] En el camino, en el proceso de la lectura, en el laberinto, no encontramos certidumbres, claridades, sino que vemos cómo las incertidumbres, las oscuridades se materializan cada vez más” (303). El crítico se encuentra en el poeta, se reconoce en sus límites, se permite contagiarse de su enfermedad. Ahora la imaginación hierve en ambos. Y todo es muy extraño, como resulta extraño (aunque no debería) leer un libro de crítica de parte de quien en los últimos años fue amigo entrañable del objeto de estudio. Pero la verdad es que parece imposible no caer en el embrujo lorenziano una vez que hemos descubierto la misteriosa correspondencia entre el autor de los libros y el hombre que envía emails, o cuya voz suena temblorosa, pero fuerte, al otro lado del teléfono. Lorenzo lo literaturizó todo por medio de su inagotable crítica a la Literatura y a la Ficción. Todo lo que tocó fue de inmediato reminiscencia, motivo de duda, y por ende, búsqueda del sentido que desemboca en el encuentro con lo poético. De ahí que al leer la correspondencia que Arcos decide, valientemente, incluir en su epílogo, no podemos sino regresar otra vez a la poesía, desde algo tan vital como el miedo, la intuición de muerte,

la soledad compartida entre dos exiliados, uno en Miami, otro en Madrid, descubriéndose tan cercanos por la inconmensurable distancia del mundo.

No puedo pensar en un mejor libro para celebrar la vida y la obra siempre viva de Lorenzo García Vega que este libro que nos ha entregado Arcos. Un libro de crítica escrito desde la pasión, la lucidez, el reconocimiento del propio límite (límite de toda crítica, de toda lectura) y el amor. Sobre todo, el amor. Y así regreso al principio: Jorge Luis Arcos ha escrito el primer libro imprescindible para acercarnos a la obra de este inmenso escritor. *Kaleidoscopio. La poética de Lorenzo García Vega* es la mejor piedra sobre la cual empezar a construir el laberinto crítico que una obra como la de Lorenzo merece desde hace demasiado tiempo ya.